

rante ocho días, en los colegios mayores y rivales, del Rosario y San Bartolomé.

## ARTICULO XXI

A propósito de aficionados, y respeto de los de la época de la colonia, oigamos lo que dice Crisóstomo Osorio en su interesante bosquejo histórico de la música en Colombia, publicado en el **Repertorio Colombiano** número XV:

“Saludemos a la Zebollino y a la Jerezana que se presentan en la escena. Muchos hemos oído hablar de ellas, y de ellas se hacían lenguas nuestros abuelos.

¿Quiénes eran, y con qué títulos se presentan a figurar en estos apuntamientos? Veámoslo. La señora doña María de los Remedios Aguilar vino a Santafé en compañía de su esposo don Eleuterio Zebollino, y esta señora tuvo la condescendencia de cantar, por supuesto que **gratis et amore**, dos o tres veces en el teatro unos boleros, unas seguidillas y algunas cosas más, que hicieron bailar a más de cuatro, mozalbetes entonces, y viejos después, que aún sostienen que, en materia de canto, no se ha oído hasta hoy nada comparable a las tonadillas y fandangos de la graciosa andaluza.

“La señora doña Rafaela Isaza, nacida en Jerez de la Frontera, esposa del señor don Jorge Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, contribuyó también poderosamente a impulsar el gusto y la

decisión por la música entre las damas santafereñas.

.....

“La Marquesa de San Jorge cantó también en el teatro tonadillas y boleros, cuando las fiestas que aquí se hicieron en celebración del triunfo obtenido por las fuerzas españolas sobre los ingleses en Buenos Aires. Su canto fue muy aplaudido y mejoró el gusto.”

En los últimos sesenta años hemos visto en nuestro teatro una que otra obra nacional, si no perfecta, por lo menos digna de mención; pero también hemos tolerado benévolamente no pocas de escaso mérito. Más debemos confesar que los primeros ensayos en este género, como los de Vargas Tejada y Madrid, tienen el mérito, cuando otro no tuvieran, de ser los primeros, y además el de haber carecido sus autores de la educación teatral teórica y práctica indispensable para llegar a cierto grado de perfección.

No basta el ingenio: de todos los géneros literarios el que exige mayor número de cualidades y de felices circunstancias, todas reunidas es el dramático. El drama es la síntesis de la perfección, el compendio, la crema de todo lo mejor, lo que no admite términos medios; es el sulfato, si se puede decir, el refinamiento del gusto, del tacto y del ingenio. Fuera de las condiciones generales que exigen los demás géneros, el drama necesita un talento especial, una disposición natural, ingénita, y un estudio y educación teatrales prolongadísimos y sostenidos. Muchos grandes pintores y escultores no habrían llegado al grado a que llegaron si no hubiesen visto trabajar a sus

maestros. De aquí, que algunos buenos actores hayan venido a ser eximios autores; Lope de Rueda, Shakespeare, Green —su compatriota— Molière, y otros, debieron en parte el mérito de sus obras a la práctica de muchos años, en las tablas. No hay exageración en decir que es más difícil hacer un buen drama que escribir un libro de historia, una novela, un poema o una colección de buenas odas. Trazado el plan y supuestas las demás condiciones necesarias a todo autor, como son: el método, buen lenguaje, claridad, espontaneidad, elegancia, etc., la narración marcha por sí sola. No así en el drama, en que la estrechez misma del argumento y plan, el diálogo, la concisión en los conceptos, las peripecias y situaciones, los contrastes, la necesidad de ceñirse a lo necesario, y nada más que a lo necesario, desterrando trivialidades, echando fuera la hojarasca, prescindiendo del lirismo impertinente, atendiendo a las dimensiones del todo y de las partes y a la armonía general de éstas; todo concurre a formar un compuesto laborioso y por extremo delicado, el cual, si por algún lado flaquea, se viene abajo el edificio, o queda en estado de ruina.

En toda obra de grandes dimensiones ha de sostenerse el interés desde el principio hasta el fin; pero en el drama el interés es de momentos; es como el hierro que se saca encendido de la fragua para batirlo; si desmaya, si se enfría, se decae en una o más escenas, la desilusión es inmediata.

Dos poderosas palancas hay para mover el ingenio humano: la una interior, que es el entusiasmo, generador de todo lo grande, esa llama que

yace latente, quizá bajo la ceniza; especie de fósforo que se enciende al menor frotamiento; la otra exterior, que es el estímulo del aplauso o de la protección; y esta última palanca hace mover la otra, porque el entusiasmo también necesita del estímulo del aplauso.

¿Y quién duda que entre nosotros el genio carece de una y otra cosa, en la medida que se necesita? Los grandes artistas antiguos, ¿qué habrían sido sin esas dos palancas que los obligaban a poner en ejercicio sus talentos, y les facilitaban los medios de hacerlo? En estos países incipientes en lo general, pero principalmente en el teatro, las obras de mérito son como plantas exóticas que brotan en fuerza de la feracidad del terreno, pero las cuales agosta y marchita el influjo del medio inerte y dormilón en que viven, la atmósfera anémica en que vegetan.

En el nuestro se puede asegurar que la inmensa mayoría no lee nada; la minoría está dividida en dos secciones, una que lee, que estima y aplaude —o que solamente lee— en lo cual ya hace un bien; y otra que quiere leerlo todo, pero que no le cueste nada, que no le imponga ningún sacrificio, por pequeño que sea. Por eso con tanta razón como agudeza dijo el director de la Academia Colombiana en el discurso de la última sesión solemne: “Si no podemos presumir de sabios ni de consumados escritores, nosotros nos llevamos la palma en cuanto a desinterés. Nosotros consumimos gustosísimos gran parte de nuestro tiempo, de nuestra salud y de nuestra hacienda en empresas y labores literarias, sin aspirar a otra satisfacción que la de ser elogiados por cua-

tro amigos. Sacerdotes del templo de las musas, costeamos de nuestro peculio el incienso que quemamos al pie de sus altares.”

Veamos, si usted me permite, lo que sucedió en España, a fines del siglo de que estamos hablando. La decadencia del buen gusto fue tan rápida y notable, que parece que todos sus astros luminosos de aquella época se hubiesen apagado a un mismo tiempo. Pero puede decirse que el teatro se salvó de este naufragio literario, gracias a la extremada afición de Felipe IV, a la amena literatura, y muy especialmente al teatro, y esto fue suficiente para que apareciesen gran número de escritores dramáticos, y muchos de primer orden. Y todavía más: su sucesor Felipe V —de quien al principio de estos **Recuerdos** he hablado con cariño— se interesó, aunque extranjero, en sacar a la España del abatimiento literario en que se hallaba, poniendo en comunicación a los españoles con sus compatriotas los franceses, estableciendo academias, fundando importantes publicaciones, y protegiendo de todos modos las letras y los buenos estudios. Sin estos estímulos del aplauso y de la protección, directa o indirecta, la escena española habría participado del marasmo del resto de su literatura.

En cuanto a nosotros, esperemos mejores tiempos. Si la paz se consolida, como es de suponerse, si las vías de comunicación han de ser al fin una realidad, si la política y los intereses materiales dejan al genio entregarse a sus pacíficas lucubraciones, el gran teatro que actualmente se está construyendo en Bogotá, y la consiguiente venida a esta capital de buenas compañías dramá-

ticas y líricas, favorecidas por las exenciones y auxilios que el mismo Gobierno les concede, esta ciudad y el país en general, tendrán al fin lo que no falta en ninguna parte del mundo civilizado, como testimonio y certificado de adelantamiento y cultura. Y mejor que eso, será un poderoso estímulo para que nuestros ingenios, sacudiendo las entumecidas alas, dejan las regiones de la lírica, y se eleven a las nobles y delicadísimas de la **dr**-**m**ática, a donde muchos son los llamados y pocos los escogidos.

## ARTICULO XXII

Para cumplir la promesa que hice a usted, mi buena amiga, al hablar de nuestro antiguo teatro, tengo que retroceder a los años de 1825 a 1828, época de gloriosos recuerdos, aunque ya de ardiente lucha entre partidos políticos que hasta allí habían venido unidos en un solo pensamiento, en una aspiración única: la felicidad y el engrandecimiento de la patria común.

Mas, comoquiera que no es la política la parte principal de nuestras familiares conversaciones, y sólo estamos hojeando someramente los modestos anales de nuestro incipiente teatro, a este asunto me contraré por hoy, eligiendo aquella época de inocencia literaria y artística en que, si no se veían en la escena autos sacramentales, ni comedias de tramoyas y figurón, privaban, sí, los monólogos, loas y tragedias clásicas, de alto coturno, tiempo